



ENSEÑANZA MATERNAL.

Instintiva, despreocupadamente, sin reglas abstractas, sin fatigosos raciocinios á que son hostiles ó indiferentes la inteligencia y la sensibilidad infantil, las madres transmiten á las criaturas el núcleo de toda la ciencia, el impulso de toda la actividad intelectual y moral.

«Por medio de procedimientos inspirados por la naturaleza,—dice Fröbel,—las madres llevan á sus criaturas á conocer todas las cosas, aún aquellas de que sólo la exterioridad pueden ver. Poco á poco la madre les enseña á conocerse y á reflexionar. *Enséñame la lengua; enséñame los dientecllos, etc.*; así les habitúa á usar sus miembros.

—*Mete aquí el piecico*,—le dice enseñándole una media ó un zapato. Y el instinto y el amor guían así á la criatura hácia el mun-

do exterior á que la aproximan.

Si quiere la madre,—prosigue el ilustre y tierno Fröbel—hacer que la criatura distinga la union de la separacion, el objeto lejano del próximo, llama su atencion respecto á las relaciones que guardan entre sí y para con la criatura.

—*El fuego quema*,—le dice acercándole prudentemente un dedo á la llama y haciéndole sentir, sin quemarle, la accion del fuego, con lo que le preserva para lo futuro de un peligro que le era desconocido.

Le dice tambien acercándole ligeramente la punta de una navaja: *la navaja corta*.

Despues, queriendo llamar la atencion de la criatura, no solamente sobre los objetos en situacion pasiva, sino tambien sobre su uso y propiedades, añade: *la sopa está*

caliente, quema; la navaja es aguda ó afilada: hiere, corta, no la toques.

La criatura, pasando del conocimiento del objeto al de su acción ó su estado, llega fácilmente á comprender la significación real de las palabras *cortar, herir, quemar*, sin que necesite hacer en sí mismo el experimento.

La madre,—prosigue Froebel,—enseña al hijo la manera de servirse de los objetos que le designa. Uniendo siempre la palabra á la acción, dice á la criatura que se dispone á comer: *Abre la boca*. Le hace conocer el fin de su acción, cuando acostándole, le dice: *duerme, duerme*. Le hace distinguir las diversas sensaciones de gusto ó disgusto, diciéndole: *¡Qué bueno es eso! ó ¡uf, qué malo!* Enseñándole una flor de agradable perfume y fingiendo prolongada aspiración. *¡Qué bien huele esta flor!*—exclama.—O bien apartándole y fingiendo repulsión, *¡oh, qué mal huele!*

Esto hace la madre, que, escondiendo el santuario del amor á miradas profanas, educa en él á sus hijuelos, desarrollando paso á paso sus miembros y sus sentidos de la manera más sencilla y más conforme con la naturaleza.

Desgraciadamente, — exclama Froebel para terminar,—con nuestra ciencia refinada perdemos de vista en general el principio y el fin del desarrollo del hombre.

Abandonando las verdaderas guías, la naturaleza y Dios, para buscar auxilio y consejo en la prudencia y en la ciencia tan sólo, llegamos á levantar castillos de naipes, que un soplo derriba.»

El espíritu sobrado místico del ilustre pedagogo le hace incurrir en injusticia: precisamente la ciencia, basada en la observación y en la experiencia, es la que primero aconseja el método instintivo de la educación de la criatura por su madre.

X.

EL ACUSON.

I

Lo más que os concedo, es que os parezca excelente el método de rigor con que nos trataba en el colegio D. Juan, que era el inspector más tirano entre todos los que

nos cuidaban; pero no me disputareis que, de entre los doscientos internos que éramos, no sacábais uno que le pudiera tolerar. ¡Y cuidado que éramos chicos!

No me extraña que aprobeis la conducta del rígido inspector ni os

extrañará que éste fuese muy amigo del mayordomo.

Lo que es á mí, jamás me llamó por mi nombre; sus palabras eran: «¡Sin postre! ¡sin merienda! ¡sin recreo!» y así todas, hasta que agotaba el vocabulario de castigos señalados en el reglamento. Entonces ¡ay! como su charla y la nuestra no termináran, empezaba á descontar los platos de la cena, y uno por uno nos quitaba los de todo un mes. Diré, para que no se suponga que son resentimientos de mi estómago, que algunas veces, muy pocas, nos perdonaba; pero como fiel cronista no puedo callar que un día, cuando ya habia nombrado sucesivamente todos los platos de innumerables comidas, y viendo con disgusto que no se me secaba la boca, y que continuaba hablando,—¡miren Vds. qué delito!—agarró el libro en que leía, y le dirigió con inauditas fuerzas y acierto á mi pobre persona, que por fortuna era demasiado ágil y pudo librarse del golpe, con lo cual fué el libro á estrellarse contra la pared, rompiéndose la pasta y aumentando con ello la ira de don Juan.

Convengamos en que D. Juan era todo un tirano.

II

Una noche estábamos en la hora de estudio y en el salon destinado

al efecto. Habia en él doscientas bocas y no se oía una palabra.

Es verdad que el que no estudiaba dormía con todo el disimulo y habilidad posibles; pero no es ménos cierto que D. Juan, sin tomarse la molestia de despertarles, apuntaba sus nombres en un papel, y luégo, cuando llegaba la hora de cenar, se encontraban con el plato vuelto.

Los que eran objeto de este incidente desagradable, no podían dormir en toda la noche.

Cuando el silencio era mayor y mayores la aplicacion y el sueño de los colegiales, Eugenio, que era un muchacho de tan buenos sentimientos como hábil enredador y travieso, tiró á D. Juan, que á la sazón leía, un pedazo de papel fuertemente rebujado.

Jamás artillero alguno acierta mejor á su blanco. La bola de papel fué á rebotar en la nariz del inspector, que exclamó con voz de trueno:

—¡Todos sin cenar!

A estas palabras, los dormidos despertaron; los buenos murmuraron protestas; los traviosos (que eran la mayor parte) soltaron una carcajada, y todos, en fin, promovieron un escándalo, que costó trabajo sofocar.

—¿Quién ha sido el insolente?—preguntó D. Juan más furioso que ridículo.

Entonces sí que hubo un silencio digno de alabanza.

—A ver... de esta mesa ha salido el proyectil.—(Era la mesa de Ingenio.)—Salgan ustedes fuera.—(Salieron los tres que la ocupaban.)

—¡Pronto!... ¿Quién ha sido?... (Silencio.) ¡Sin postre!... ¿Dicen quién ha sido?... (Nuevo silencio)... ¡Sin cenar!... Señores... ¿quién fué el infame? (Más silencio.) ¡Sin recreo!...

Y como considerase inútiles los medios hasta entonces empleados, continuó con más furia:

—¡Sin comer!... ¡Sin cenar!... ¡Sin merienda y sin recreo! ¡Quince días!!!

¿Green ustedes que impuso silencio? No, señor; creció el murmullo, y se convirtió en silba.

III

Era menester tomar una medida que diera ejemplo. D. Juan lo comprendió así, y sacó á los tres colegas que ocupaban la mesa culpable.

—Usted, Hermenegildo,—dijo á uno,—venga Vd. conmigo. Y mucho silencio aquí,—añadió dirigiéndose á los de la sala de estudios.

Salieron D. Juan y Hermenegildo, y cuando se hallaban lejos del lugar del siniestro, le dijo:

—Usted ha sido y...

—¡Juro á Vd. que no he sido yo!

—¿Qué hacia Vd., tunante?

—¡Estaba... durmiendo!

—Eso es decir que no quiere delatar al culpable.

—¡Precisamente!

—Pues sígame Vd.

Y llegó hasta uno de los calabozos y le encerró con llave.

IV

Cuando volvió al salon de estudios estaba más apaciguado el tumulto.

—Ricardo, sígame Vd.

Ricardo era uno de los tres sospechosos.

—¿Dónde vamos?—le preguntó.

—Al calabozo.

Cuando estuvieron cerca de él, dijo Ricardo: Yo diré á Vd. quién ha sido el culpable si me perdona.

—¿Quién?

—Eugenio.

Cuando el inspector y el alumno volvieron al salon, fueron recibidos con una grita. Todos habian sospechado el infame proceder de Ricardo.

Despues D. Juan se llevó á Eugenio y le encerró; pero éste dejó dicho á un compañero que diese cuenta al Director de lo ocurrido y que sacaran de su encierro á Hermenegildo.

V

Cuando los pocos que cenaban terminaron de hacerlo, el compañero de Eugenio avisó al Director;

éste, al ver el noble proceder de Hermenegildo y Eugenio, mandó que los perdonaran.

En cambio al traidor Ricardo le impuso un fuerte castigo. A don Juan, por castigar á un alumno tan bueno y tan inocente como Hermenegildo, y por otras cosas ya

pasadas, le echaron del colegio.

A los dos presos, ya libres, les condujimos en triunfo, y todos les dimos muestras de nuestro cariño. A Ricardo nadie le hablaba en adelante, y todos le llamaban *el acuson*.

PEDRO GROIZARD.

EL DUENDE DE LAS NUBES NEGRAS.

Supongo que habreis oido hablar, mis queridos niños, de los *duendes domésticos*, de esos espíritus invisibles que habitan entre nosotros y que, ora ayudan á una criada en la tarea de fregar los platos, ora hacen el trabajo del modesto artesano que de un modo cualquiera les da muestras de aprecio, ora se vengan del que los insulta ó los desprecia haciéndoles toda suerte de jugarretas. Esos duendes, amigos míos, no existen más que en la exaltada imaginacion de las gentes ignorantes.

Yo voy á hablaros de un duende real, y de cuya existencia habreis podido cercioraros más de una vez en vuestra vida.

Tiene su palacio en las nubes; pero no en esas nubecillas tenues como la gasa, blancas como copos de algodón en rama, rosadas como vuestras frescas mejillas, plateadas como la luna ó doradas como el sol, que asoman en el horizonte durante

los hermosos crepúsculos de nuestro privilegiado país; las nubes que él habita son esas nubes negras, espesas, tempestuosas, que cruzan amontonadas por los aires en esos calurosos días del verano en que se nos dificulta la respiracion, no porque el aire sea pesado, como vulgarmente decimos, sino al contrario, porque el aire es tan *rarificado*, tan sutil, tan ligero, que apenas podemos aspirarlo y nuestros pulmones no pueden funcionar con entera libertad.

El duende de las nubes negras tiene tan malas entrañas, que sólo se complace en hacer mal á los hombres, ora incendiando sus viviendas, ora quitándoles la vida en ménos tiempo del que se necesita para decir Jesus. Cuando uno se apercibe de su presencia, el mal ya está hecho. Su paso por el aire se marca con la cárdena y rápida luz del *relámpago*; el fuerte olor de azufre que despiden nos embarga los

sentidos; su espantoso rugido nos llena el ánimo de pavor.

¿Qué tiene, pues, de particular que el vulgo considere al *rayo*, que tal es el nombre de ese duende, como á un espíritu infernal? ¿Qué extraño es que los buenos cristianos, en cuanto huelan su presencia, le disparen tiros con *balas bendecidas* ó echen á vuelo las campanas como quien toca á rebato?

¿Creeis, tal vez, que al oír semejante algarabía el duende corre á ocultarse cuando ménos siete estados bajo tierra? Pues estais en un error: el duende no se va ni por esas, ántes al contrario, ¿sabeis qué hace? Se cuele bonitamente por el campanario en que repican, se descuelga por la cuerda de las campanas, da un tremendo mojicon al sacristan que las toca, dejándole casi siempre de patitas al aire y muchas veces para no volverse á levantar, y luégo se entretiene, porque ese duende no tiene respeto á nada, ni á las cosas más sagradas, en hacer los más extraños garrapatos por entre las doradas molduras de los altares.

Lo que es yo os aseguro que, cuando el rayo emprende sus correrías por esos mundos de Dios, no tocaría las campanas ni por todo el oro de los *placeres* de California; y os aconsejo, porque os quiero bien, que tampoco las toqueis vosotros.

El duende de las nubes negras

es astuto y disimulado como él solo: á veces se deja caer en un sitio, donde no hace ninguna clase de daño, y mata á personas que se encuentran á muchos kilómetros de distancia.

Sus caprichos son lo más extravagantes que podais figuraros. Hay ocasiones en que se entretiene en desnudar en un santiamén á sus víctimas, ó en descoserles las costuras del calzado, ó en fundir en una sola masa las monedas que llevan en el bolsillo, ó en raparle la cabeza con más perfeccion que un peluquero, pues no les deja ni un cabello para muestra. Una vez hasta se entretuvo en quitar el oro de la esfera del relój de una iglesia para dorar las varillas de plomo de una claraboya de la misma.

No se habia descubierto aún el daguerreotipo cuando el duende de las nubes negras conocia ya la fotografía, y lo que es más, la *fotocromia*, ó sea la fotografía en colores, que es el resultado que tratan de alcanzar, distando aún mucho de haberlo conseguido, los fotógrafos más inteligentes y laboriosos de estos últimos tiempos. Sólo que el rayo, en vez de servirse de una placa de cristal ó de un trozo de papel albuminado, se sirve del mismo cuerpo de sus víctimas para reproducir la imagen de los objetos. ¡Qué de veces se ha encontrado en la piel de las personas sorprendidas

por él en despoblado la copia exacta del paisaje que les rodeaba!

Pero en medio de tantos males, amigos míos, el señor rayo, preciso es ser justos, causa un gran bien.

La atmósfera se carga de continuo de miasmas deletéreos; el viento dispersa estos miasmas, es ver-

dad, pero sólo el rayo los destruye. Es indudable que, á no ser por él, la atmósfera acabaría por hacerse irrespirable.

Esta es una nueva prueba de que en este mundo, como dice el refrán, NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

CELSE GOMIS.

LA DALIA Y LA ABEJA.

FÁBULA.

Erguida, esbelta y ufana
De sus vívidos colores
La Dália, de otras mil flores
Se juzgaba soberana;
Y creyéndose, orgullosa,
La más bella del jardín,
Desprecios daba al jazmín,
A la violeta y la rosa.
Una Abeja revolando
De una flor en otra flor,
Iba en todas con amor
El dulce néctar libando;
Y aunque entre todas volaba
Y en todas se detenía,
Nunca el vuelo dirigía
A donde la Dália estaba.
Esta lo llegó á notar,
Y en su vanidad herida,
Quiso en extremo ofendida
La razón averiguar;
Y con un tono altanero
Así á la Abeja gritó:
¿Valgo acaso menos yo
Que el despreciable romero?
Libas en todas las flores
Y sobre todas te posas,
Sin ser como yo de hermosas

Y sin tener mis colores;
Esa es una humillación
Que no puedo consentir,
Y quiero de ella pedir
Cumplida satisfacción.
La Abeja, su vuelo blando
Detuvo cuando esto oyó,
Y á la Dália contestó
De esta manera exclamando:
—«Cierto que eres muy hermosa
Y que tus bellos colores
Envidian todas las flores;
Mas ten presente una cosa:
Con ser tú tan hechicera,
Nada vales para mí;
Pues no he de encontrar en ti
Dulce miel ni blanda cera.»—
Así la Abeja exclamó
A la Dália contestando,
Y su vuelo levantando
Sobre un jazmín se posó.

*La belleza sin talento,
Es un instante admirada;
Pero luego es despreciada
Como la Dália del cuento.*

VENTURA MAYORGA.



CÁRLOS II EN EL ESCORIAL.

..... En medio de todos estos manejos, Carlos sólo se ocupaba de su salud, y juzgando que la mudanza de aires podría serle provechosa, se retiró al Escorial, en donde tuvo el tierno y supersticioso capricho de visitar el panteón de sus mayores. Mandó abrir los sepulcros de su madre y de su esposa, besó la mano al cadáver de la primera, y viendo que la muerte apenas había alterado las facciones de la segunda, retrocedió repentinamente, exclamando: *Bien pronto me reuniré con ella en el cielo*. Desde entonces decayó visiblemente, y á poco tiempo tuvo una violenta crisis, durante la cual Portocarrero le conjuró para que, consultando el reposo de su conciencia, pensase en la felicidad de sus súbditos, y adoptara el parecer del Consejo y de los grandes del reino, que en el asunto de la sucesión estaban á favor de la Casa de Francia.

..... Carlos I y Carlos II son el alfa y la omega de la dinastía austriaca, y no es posible hallar otra que ofrezca dos puntos extremos tan marcados. En el primer Carlos todo es vigor, energía y actividad físicas, y actividad, energía y vigor intelectuales; en el segundo no hay más que debilidad, flaqueza é inercia en el cuerpo y en el espíritu..... Un punto de contacto hay, sin embargo, entre estos dos monarcas, y esa semejanza se halla en los postreros días de sus vidas. El uno va á visitar los cadáveres de su madre y de su esposa, y afectado por aquel espectáculo desfallece, no sé si de espanto ó de ternura, y esa conmoción acelera su muerte: el otro, viviendo todavía, representa el papel de un cadáver, métese en un ataúd y asiste á la celebración de sus exequias, siendo á un tiempo actor y víctima, y esta escena le conmueve hasta el punto de costarle la vida. La muerte verdadera, pero ajena, hizo en el uno el mismo efecto que la muerte fingida, pero propia, en el otro.

JUAN CORTADA. (*Historia de España.*)



GALERÍA DE DESGRACIADOS.

X.

Un lector de periódicos.

Juan Francisco Remolacha,
Que apenas sabe leer
Y de política ménos,
Dió en la manía hará un mes
De entregarse á la lectura
De *El Globo* y de *El Cascabel*,
La Política y *La Iberia*,
Para relatar despues
Lo que aprendió, y conceptúa
Artículos de la fe.
Y mientras mi Juan Francisco
Leyendo prosigue, en vez
De cuidar de su comercio,—
Que no marcha nada bien,—
Y desatiende á sus hijos,
Y riñe con su mujer,
Discurre de la manera
Que á continuacion se ve:

—Pues señor, subió la carne
Y se ha bajado el papel...
Yo creo que vamos mal,
Por más que digan que bien.
Con este gobierno pasa
Casi igual que con aquel,
Que siempre el que tiene come,
Y aún quien no tiene tambien.
En fin, leamos el fondo
Por si es distinto que ayer:
Y dice: «*Las sanguijuelas...*»
¡Válgame San Rafael!
Ni por encima lo leo,
Porque las conozco, y sé
Que pican y chupan mucho,

Pues no olvido aquella vez
Que tres docenas y media
Se me comieron un pié.
Conque así las dejaremos
Y que á otro rajen la piel;
Y lo que pasa veamos
Por Europa y Avilés.
«Londres catorce: Esta noche
Se ha recogido á las diez,
Sin que se sepa la causa,
El intrépido *Bidel*.
París: Prosigue la moda
De hablar muchos en frances.
Constantinopla: El gran Turco
Hoy ha merendado miel...»
Pues señor, esto va bueno...
¡Nada dicen de Avilés!..
Mas veamos por provincias
Si la cosa marcha bien.
«En Salamanca ha llovido...»
Lo que es yo no me mojé...
«Sevilla: Mucho calor...»
¿Y á mí qué me cuenta usted?...
«En Valdepeñas se han dado
En varias casas *soirées...*»
¡Eso sólo nos faltaba,
Una epidemia tambien!
Los puertos de mar son siempre
Muy *malinos*, ya se ve;
En cambio no hay en la Mancha
Ni aún agua para beber.
Pero basta de provincias,
Y lo de más interes,
Que es la *gacetilla*, vóime
En un instante á leer.
«Crimen horrible...» ¡Jesús!
«En la calle del Clavel,
Anoche fué asesinado,
Entre las dos y las tres,

Un soldado de *Pavia*
 Por un tal Bartolomé,
 Que en la susodicha calle,
 Número sesenta y seis,
 Tiene un puesto de aves muertas,
 Con el que le va muy bien.
 La víctima doce libras
 A pesar llegó despues
 De desplumada...» Comprendo...
 ¡Rico pavo será aquel!
 «Fuego: En la calle del Cid,
 Charlando con un inglés,
 Estaba una señorita:
 Llegóse poco despues
 Un jóven *siete-mesino*
 Con guantes lila y chaquet,
 Notándose á breve rato
 Por donde estaba el doncel
 Cierta olor á *chamusquina*,
 Que con razon hubo quien
 Mandó que á fuego tocaran
 Al instante en San José.
 El incendio fué extinguido
 Porque se marchó el inglés,
 Y porque miró la niña
Dulcemente al del chaquet.
 ¡Jesus! Y cuántos embustes...

«Ha llegado de Avilés...»
 ¡De mi tierra!... Algun amigo...
 «Una res de cerda, que
 Pesa treinta y dos arrobas..»
 Si no hay pueblo como aquel
 Para engordar, porque todos
 Comemos allí muy bien...
 Mas las cuatro. Pues entónces
 Es que ya dieron las tres,
 Y por consiguiente es tarde
 Para el trabajo emprender.
 Leamos ahora *El Imparcial*,
La Democracia y *La Fe*.

Y mientras mi Juan Francisco
 Leyendo prosigue, en vez
 De aplicarse y trabajar,
 Llorá su pobre mujer,
 Sus chicos se insubordinan,
 Los dependientes tambien,
 Y no entra en la tienda un alma,
 Sin duda para no ver
 Al infeliz Remolacha
 Leyendo ansioso un papel.

EDUARDO GUILLEN.

POS LECCIONES.

—Papá... yo no quiero jugar con Tomasito: por todas partes va diciendo que es mi amigo... y yo no quiero que se sepa...

Esto decia el orgulloso Luis, hijo de un acaudalado comerciante, enriquecido á fuerza de sacrificios y honradez.

—¿Y por qué no quieres que se sepa que eres amigo de Tomás?—le preguntó su padre, asombrado de aquella determinacion..

—Porque es pobre y va muy mal vestido,—respondió Luis, haciendo un mohin de desagrado.

—¿Y es esta la razon que tienes para negarle tu amistad?

—¡Claro!... Como se cree igual á mí no me respeta, y me habla con mucha franqueza... y esto no puedo yo consentirlo...

—¡Ah!... ¿Conque no puedes consertirlo?... Está bien; ya hablaremos de eso, caballerito...—dijo su padre con severo acento, y volviéndole la espalda.

Llegó la hora de recreo, y el niño se disponia á bajar al jardin, cuando un relámpago, seguido de un trueno horrible, le detuvo delante de un balcon desde donde se descubria un precioso panorama.

El cielo hallábase cubierto por negras nubes, que ocultaban su azul puro y trasparente, y los relámpagos que se sucedian con una frecuencia inusitada, daban al cuadro un tinte fantástico é imponente que atemorizaba el corazon del niño.

En aquel momento entró su padre en el gabinete, y sorprendiénd-



dole en su actitud contemplativa, le dijo, sacándole de aquella abstracción:

—¿Qué te asombra, hijo mio?

—Veía las nubes... ¡qué altas están, papá!...

—Sí, muy altas. Ya ves si son orgullosas, que se elevan sobre nuestras cabezas... Lo mismo se engríen los hombres cuando están á cierta altura, y juzgan pigmeos á los que no han subido hasta donde ellos han llegado...

Y es un error pensar de semejante manera; porque los tiempos varían, las nubes se resuelven, y los hombres descienden hasta la humillación. ¡Quién sabe, hijo mio, lo que nos está destinado en el libro donde Dios escribió nuestra misión en la tierra!...

¿Ves ese sapo inmundo y miserable que salta de un lado á otro? ¿Ves qué asqueroso y repugnante? Pues mira... las nubes se van extendiendo... el agua cae á torrentes... ¿Sabes qué es el agua que desciende desde tal altura y se estrellaba con tanta violencia contra las tapias del jardín? Pues es aquella nube tan grande y tan alta que se cernía sobre nosotros.

Mira ahora el sapo á quien llamábamos miserable y asqueroso, cómo se revuelca en esa improvisada charca que ha formado el agua desprendida de la orgullosa nube...

Este es el mundo, hijo mio. Los pequeños humillando á los que se creyeron grandes. El falderillo tímido y cobarde, acariciando la

ensortijada melena del furioso león, sujeto con cadenas y aprisionado en férrea jaula...

¿No has aprendido algo esta tarde en ese libro que abrió á tus ojos la sabia naturaleza?...

—Sí, papá,—respondió Luisito avergonzado.—He aprendido que las nubes guardan en su seno el agua que despues lanzan á la tierra... pero esto ya me lo habían enseñado en el colegio.

—Y sin embargo, aún te falta mucho que aprender,—le dijo su padre con bastante dureza.

Ya iba éste á alejarse, cuando entró en la habitación el pobre Tomasito, que segun su costumbre, venia á jugar con su compañero.

—¿Qué es eso?... ¿Tampoco tienes chaqueta?...—le preguntó Luis con su proverbial orgullo.

—La tenía hace un momento, respondió Tomás;—pero he visto á Julian, que iba casi desnudo, y le dí la mia, porque me causó mucha lástima... y como dice el señor maestro, todos somos hermanos.

—¡Bien, hijo mio, bien! ¡Eres un ángel!—exclamó el digno padre del orgulloso Luis.—¡Aprende tú en este modelo la más hermosa de las virtudes: ¡la Caridad!

Y tal fué la entonación que dió á sus palabras, que el niño se arrojó llorando en brazos de Tomás, diciéndole avergonzado:

—Sí, dices bien; todos somos hermanos, y yo lo seré tuyo desde este momento.

JUAN REDONDO Y MENDUÑA.

DEVOLVER BIEN POR MAL.



Tengo el honor de presentar á ustedes
A la niña Mercedes,
Con el Moro, su perro favorito,
Modelo de paciencia y mansedumbre.
El pobre animalito,
Al que ella martiriza por costumbre,
Con juegos peligrosos é imprudentes,
Nunca á Mercedes enseñó los dientes.



Y eso que la pequeña
Méritos suele hacer harto sobrados
Para que el Moro pague con bocados
Las continuas diabluras de su dueña.
Pero el perro es prudente,
Y hasta aguanta y consiente
Que se le tome por corcel de silla
Con tal de ver alegre á la chiquilla.



Quiere Mercedes ir en carretela,
Y ya al Moro tenemos convertido
Desde corcel montado á la alta escuela
En matalon á un carricoche uncido.
Si él protestar pudiera, y de su enojo
Explicar la razon, su propio yerro
Confesara la niña con sonrojo
Por rebajar la condicion del perro.



Pero, como el Morito
No puede hablar, se venga á su manera
Y emprende, ciego de ira, tal carrera,
Que hace rodar y rompe el cochecito.
Y aquí verán ustedes
Enfadarse de veras á Mercedes,
Y amenazando al que torció su intento
Con algun ejemplar rudo escarmiento.



El Moro, que no es tonto,
Huye con oportuna ligereza,
Pues de no hacerlo pronto
Comprende que peligra su cabeza.
Ella le sigue: él casi va volando.
¿Quién triunfará por fin? *Ecco il problema;*
Pero el Moro tal vez se irá cansando,
Y Merce les no cesa de su tema.



Aquí el Moro detiene su carrera;
Ya no ve á su feroz perseguidora,
Sino á un sér que la vida de él espera
Y que tiende los brazos y que llora.
Lleno de lealtad su agravio olvida,
Porque su honor perruno se lo manda:
El de la niña salvará la vida
O morirá con ella en la demanda.



Un natural obstáculo complica
La situación, y al Moro favorece,
Conforme aquí aparece
Y el dibujante con verdad explica.
El perro ve el peligro y lo rodea,
Ella no puede contener su arranque:
Todo lector que la viñeta vea,
De fijo ve á la niña en el estanque.



Devolver bien por mal, prenda es de buenos,
Y virtud que enaltece y glorifica:
Los que la tienen suelen ser los ménos...
Y un perro por instinto la practica.
Niños, que nunca los ajenos yerros
Os muevan á tener malas pasiones,
Ni desdeñéis el recibir lecciones
Que muchas veces os darán los perros.

FRENTE Á FRENTE.

SONETO.

(Imitacion de Luiz Guimaraes.)

Una vez se encontraron frente á frente:
 En sus manos nervudas y crispadas
 Se agitaban dos limpidas espadas
 Y era el mirar de entrambos imponente.
 La primera con labio balbuciente
 Y mejillas rojizas y abrasadas,
 —¿Por qué—dijo—me sigues las pisadas?
 —¿Quién eres?—dijo la otra lentamente.

—¿Yo? Soy la hidra que en el mundo avanza,
 Mefítico vapor que el alma vicia,
 Fin de toda ventura y esperanza,
 Hija de la maldad ó la codicia...
 Mirame bien: ¡me llamo la Venganza!
 —Tiembra ante mí... ¡me llamo la Justicia!

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA HERMOSURA POR CASTIGO.

(Continuacion.)

Con aquella rapidez con que el alma del hombre, en fe de su celestial origen, piensa á veces en una difícil cuestion cuanto hay que discurrir y la resuelve en un punto, hizo Pulqueria en el imperceptible espacio de tiempo que empleó en pronunciar seis palabras seguidas de un *sí* este largo razonamiento:

—Si el Señor me da un bien que yo ansiaba tanto, y ese bien, limitado en parte, me ha de proporcionar, además de la dicha en la tierra, la felicidad de los justos, loca sería yo en verdad si no la admitiese. ¿Qué es lo que amo yo más en el mundo? Lo primero, á mi padre; luego á mi prometido esposo; después á mis hermanos. Duro me será no ver hasta la hora de mi muerte á mi Favencio, al Emperador, á mis queridos Arcadio y Honorio; pero veré el sol de que nace el día

y las estrellas que alumbran la noche; veré el mar, cuyos rugidos oigo desde mi lecho; veré la tierra que piso, las criaturas que la pueblan, la grandeza y el esplendor de este soberbio alcázar; leve sacrificio es permanecer siempre ciega para sólo un objeto, pudiendo saciar la vista en el campo dilatadísimo de la creacion entera. — Admito la condicion, madre: quiero ver, *sí*. — Dicho apenas este monosílabo con la sorda articulacion de una persona que habla durmiendo, se desvaneció ó se retiró la vision celeste.

Los goces que provienen del cielo se distinguen de los placeres puramente humanos en una circunstancia notable; éstos, en siendo muy vivos, fatigan y á veces matan, como el dolor más agudo; las fruiciones que el Altísimo envía á sus predilectos, por intensas que sean,

se disfrutaban apaciblemente sin detrimento de nuestro débil sér físico. Así Pulqueria, despues de la desaparicion de su madre, siguió reposando tranquila; tranquila y gozosa se despertó á la hora ordinaria; gozosa y tranquila se dejó ataviar por sus camareras, y pasó á la habitacion de su padre, á quien lo mismo que á los hermanos, quiso, para que la sorpresa fuese mayor, callar la prodigiosa visita que la noche ántes habia recibido.

Un solo efecto visible producía el júbilo interior que saboreaba Pulqueria; el de animar su rostro con tan nuevo encanto, su voz con un dejo tan dulce, sus ademanes y movimientos con tan admirable dignidad y gracia reunidas, que jamás, ni aún en el día que, amando ella ya, supo el amor de Favencio, la habian visto los que la rodeaban tan alegre y hermosa. Sentada frente al Emperador en una estancia magnífica, teniendo á sus hermanos á un lado y al otro á su amante, recibia de todos, y aún de Teodosio mismo, afectuosos encaucimientos de su peregrina belleza, nunca más deslumbradora que entónces, cuando llegó el sol á mediar su curso. Instantánea y portentosamente, como si abriese los ojos despues de un sueño apacible y breve sin que la luz los ofendiera, la hermosa hija de Flacila y Teodosio, la más bella de las hijas de Itálica, se

halló con el divino dón por su madre ofrecido, y supo lo que era ver, lo que era verdaderamente vivir, lo que era embriagarse y desfallecer de puro contento.

En un ¡ay! prolongado se resumieron la sorpresa y el gozo suyos, la admiracion y la alegría causadas por el hallazgo y posesion de una dicha, mayor que se la pudo pintar la esperanza, mayor que la habia solicitado el deseo. Tres veces cerró y abrió inmediatamente los ojos; tres veces creyó que habia muerto y que revivia; conoció á Favencio, conoció á Teodosio, conoció á sus hermanos, el sol, el cielo, las nubes, los campos, el mar, las estatuas, las pinturas y el brillo de las joyas, los cambiantes de la seda... y quiso, en fin, conocerse á sí misma. Trájele Teodosio un espejo de oro tersísimo... miróse con él... y vió en la pulida superficie convexa una túnica y un manto encima, y sobre ellos vió tambien un collar, y más arriba un zarzillo á cada lado, y más arriba una diadema ó cinta sembrada de piedras preciosas... y todas estas imágenes de túnica, manto, collar, zarcillos y cinta, se movian en el espejo segun movia el cuerpo y la cabeza Pulqueria; pero de humana figura no se descubria en el espejo ni rastro.

(Se continuará.)

J. E. HARTZENBUSCH.

ACTUALIDADES.

El miércoles 17 visitó S. M. la Reina el Hospicio y Colegio de Desamparados de Madrid. Después de orar en la iglesia, visitó una por una todas las dependencias del Asilo, fijando mucho su atención, tanto en las clases de niñas y niños, como en los talleres de imprenta, cerrajería, carpintería, calderería, zapatería y sastrería, examinando los trabajos hechos por los acogidos, y especialmente en la escuela de párvulos, donde varios niños de cinco y seis años verificaron ejercicios de doctrina cristiana y geometría recreativa que honran sobremanera al inteligente profesor que dirige esta clase.

S. M. salió altamente satisfecha de la buena organización de aquellas dependencias y del aseo y orden que se observa en todas ellas.

En el teatro Español arrancan justos aplausos del auditorio en el drama de Echegaray *En el seno de la muerte*, los actores que en dicho coliseo trabajan, mientras se prepara un nuevo drama del mismo autor.

Apolo, la Alhambra y Variedades no han ofrecido ninguna novedad digna de particular mención.

En el teatro de Lara se ha vuelto a representar *Carrera de obstáculos*, del joven, y distinguido escritor Sr. Palencia.

En Martín siguen los preparativos para la magia *El talisman de Sagras*, á la que seguirá el *Nacimiento*, que tanta concurrencia llama todos los años.

El día 4 de Diciembre se inaugurará el nuevo Circo de Mr. Parish, sito en la plaza del Rey.

Damos las gracias al Sr. D. José María Domínguez Lara, de Montilla, por el ejemplar que se ha servido remitirnos de sus *Tablas de reducción. — Equivalencias entre las medidas y pesas antiguas, y las del sistema métrico-decimal.*

Julio Nombela, el laborioso y entendido publicista, con cuya firma se ha honrado más de una vez nuestro periódico, acaba de publicar un *Proyecto de bases para la fundación de una escuela especial del arte teatral*. Es un trabajo que demuestra la competencia y buen deseo del Sr. Nombela en asuntos dramáticos.

S. M. la Reina Doña Cristina visitó el domingo último las Escuelas católicas, cuya presidencia desempeña con caridad inagotable y celo ejemplar la Sra. Condesa de Superunda.

SOLUCIONES Á LOS JUEGOS DE IMAGINACION DEL NÚMERO ANTERIOR.

Charada primera.—*Pelele.*

Charada segunda.—*Noveno.*

Problema.—*CLAVEL.*

Han remitido soluciones á los juegos de imaginación del último número los niños siguientes:

Doña Jesusa de Granda, Doña Carmen Retortillo y D. Luis Mendez, de Madrid, y don Tomás A. de Armiño, de Vitoria.

